

EL MEDITERRANEO ESPAÑA Y EUROPA

ASI al tiempo en que el vicepresidente del Irak, Saddam Hussein, visitaba Francia, el ministro de Asuntos Exteriores español, señor López Bravo, estaba en Irak y en Siria. Una cortina de petróleo ha cubierto hasta cierto punto el viaje iraquí a París: la nacionalización del petróleo que tanto afecta a Francia es muy reciente, y los dos países celebran negociaciones para resolver los problemas de intereses. Aunque Saddam Hussein, segundo personaje del actual régimen del Irak, es uno de los principales artesanos de esta nacionalización, no parece que sus entrevistas personales en París hayan versado especialmente sobre este tema que, según «Le Monde», estaba sobre todo en manos de los expertos de su delegación, mientras él se ocupaba «de política, de estrategia, del porvenir de las relaciones entre los dos países». Y muy probablemente de las futuras relaciones de una Europa política que se crea ahora con un mundo árabe. Un punto esencial en la política y la estrategia del mundo árabe, aunque no lo sea directamente del Irak, es el Mediterráneo. Saddam Hussein había visitado Siria y Egipto antes de emprender viaje a Francia.

EL Mediterráneo aparece concretamente en los comunicados de las reuniones del señor López Bravo. En la conferencia con el ministro correspondiente de Siria ha tratado de este tema en una forma que se describe así: «Con el fin de promover la instauración de la paz, la seguridad y la cooperación de la cuenca mediterránea, los dos ministros se han declarado en favor de una concertación entre Estados ribereños que facilite la creación de una «convivencia mediterránea». Están convencidos de que la paz y la seguridad del Mediterráneo están ligadas a la solución de los graves conflictos que amenazan al sector oriental de su cuenca. Las dos partes aprueban los esfuerzos dirigidos a organizar una conferencia de seguridad europea y expresan su convicción de que la seguridad europea está estrechamente vinculada a la seguridad en el Mediterráneo». El párrafo habla de una «concertación» para la «convivencia»; podría deducirse que, al margen o paralelamente a la conferencia de seguridad europea puede haber otra reunión de países mediterráneos, y que en la conferencia de seguridad algunos países europeos —¿Francia, España?— podrían llevar la voz de los Estados árabes que por razones obvias no tendrán asiento en ella.

LOS rumores de una conferencia mediterránea —que, en principio, debería reunir 17 naciones con un total de doscientos cincuenta millones de habitantes, pero con regímenes, objetivos, economías y afiliaciones muy distintos— circulan desde hace algún tiempo: quizá estos viajes puedan indicar su proximidad.

EL problema esencial que puede afectar a todas las naciones ribereñas es, esencialmente, el del conflicto árabe, y su consecuencia más visible, el de la presencia de las flotas de los Estados Unidos y la Unión Soviética —con mayor exactitud, la llegada de la flota soviética para contra-

rrestar la presencia de la de Estados Unidos—. El pacto firmado en Moscú durante la reciente visita de Nixon toma medidas para evitar el enfrentamiento de navíos de Guerra de las dos naciones, pero en la realidad, ese acuerdo no tranquiliza más que relativamente a países que temen ver una guerra nuclear en el mar que les es vital. La idea de la desnuclearización del Mediterráneo, la de demandar la retirada total de las dos flotas, es una idea que se mantiene sólidamente.

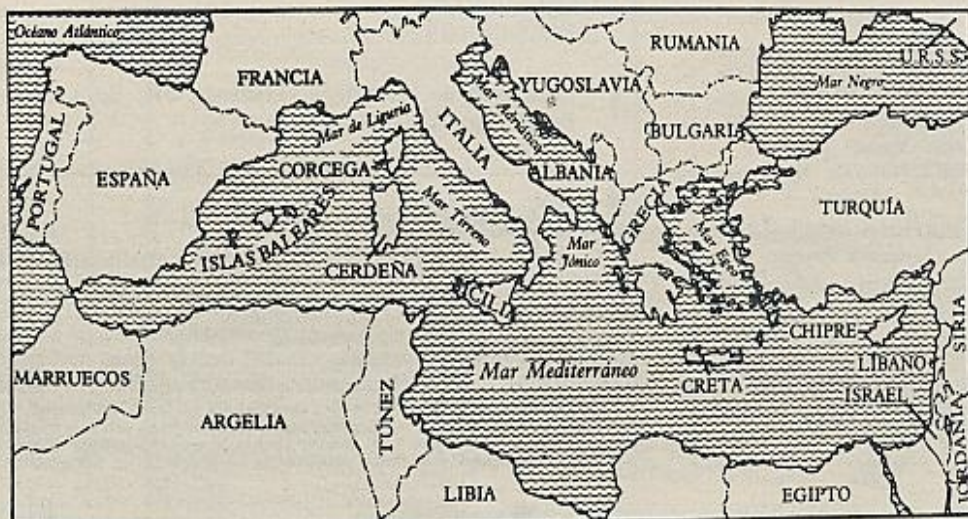
Por su estructura política, Yugoslavia es uno de los países que más interés tienen en esta solución. Le inquieta muy especialmente la presencia de la flota soviética. Pero encuentra una considerable reticencia por parte de otro país que tiene mucha relación con ella, Egipto. En El Cairo se teme que una retirada de la flota soviética, aunque fuera simultánea con la de Estados Unidos, dejase al país inerme frente a un posible ataque israelí. Yugoslavia hubiese querido tratar del Mediterráneo con países no alineados; pero esto dejaría la conferencia reducida a los países árabes, Malta y Chipre, naciones con nula voz directa en la conferencia de seguridad europea. El tema va a estar presente en la conferencia de países no alineados que se celebrará en Guayana durante el mes de agosto y lo ha estado ya, según el comunicado oficial, en la entrevista entre el Presidente Bumedian, de Argelia, y Burguiba, de Túnez.

SIN embargo, el término de no-alineación es difícil y discutible. Se trata ahora —dice el corresponsal del «Economist» de Londres en El Cairo— de que la conferencia de países ribereños del Mediterráneo convocase a aquellos que no «pertenezcan a bloques»; esto excluiría automáticamente a naciones de un peso mediterráneo tan significado como Italia, Grecia y Turquía; podría abrir una puerta para Francia, por su autoexclusión de la NATO, y quizá para España, aunque sus relaciones estrechas con los Estados Unidos pudieran ser consideradas por algún país como vinculación a un bloque. El viaje del señor López Bravo podría estar muy relacionado con el interés de España en participar directamente en cualquier reunión que trate de los problemas del Mediterráneo.

PARECE que cualquier enfoque de solución para el Mediterráneo debe estar relacionada con la solución del problema de Oriente Medio.

NO se ve ninguna por ahora. La resolución 242 del Consejo de Seguridad va a cumplir pronto los cinco años de antigüedad, se sigue urgiendo su cumplimiento que no se ve próximo ni fácil. Evidentemente, hasta que ciertas condiciones de paz no se establezcan, la presencia de Israel en una conferencia mediterránea junto a los países árabes parece impensable.

CABE preguntarse si de alguna forma el Mediterráneo puede hoy considerarse como una unidad geoestratégica. Entre el problema de Gibraltar y el problema de Suez se encierran intereses y adscripciones





López Bravo, con su colega iraquí Sayud Abdul Bakai, y ante la tumba del Soldado Desconocido, en Bagdad.

muy distintos. Italia, Grecia y Turquía pertenecen al Pacto Atlántico y responden más a intereses de naciones atlánticas —mar que no les baña— que a los de naciones mediterráneas; Albania está fuertemente relacionada con China; los países árabes están divididos en primer lugar entre los del Maghreb —una unidad que tampoco existe en la práctica, que estaría formada por Marruecos, Argelia, Túnez y, quizá, Libia— y los de Oriente, divididos entre sí por problemas de hegemonía, Egipto, Siria y Líbano; y están muy ligados al bloque del Pacto de Varsovia por razones de defensa nacional y economía. España y Francia están fuera de la OTAN, pero su atlantismo está por ahora muy claro; Chipre está desgarrado por sus disensiones internas; Malta ha vendido bases al Pacto Atlántico, Yugoslavia teme a la Unión Soviética y a los Estados Unidos. Israel está unida estrechamente a Estados Unidos y en guerra con el mundo árabe. Sobre estas diecisiete naciones, Estados Unidos forman una decimotercera, por la presencia ya permanente de su VI Flota, por sus bases, por las fronteras imperiales establecidas. Y la Unión Soviética es finalmente una decimonovena nación mediterránea por la apertura de los Dardanelos. Hay regímenes esencialmente distintos, economías muy lejanas entre sí; y la vieja idea de la cultura mediterránea ha sido muy diferentemente administrada por los Estados ribereños hasta dividirse en muchas culturas distintas y hasta opuestas.

UNA conferencia mediterránea podría traer la idea de una convivencia, como muy modestamente, pero con mucho realismo, se ha dicho en las conversaciones de España y Siria, pero difícilmente puede llegar más allá por ahora. Ni siquiera la solicitud de retirada de las dos grandes flotas de Estados Unidos y la Unión Soviética puede ser tenida en cuenta por ahora. Sin embargo, la posibilidad de que los países árabes de la otra orilla del Mediterráneo, y aun de los que no tienen salida al mar, se aproximen a Europa por la vía de Francia, que aparece hoy como un centro de la posible unidad europea, es muy posible. Francia ha estado más interesada —al menos, desde que perdió sus intereses en el fondo del Mediterráneo— en un eje Norte-Sur que en un eje Este-Oeste. Sería la misma posición de España. Teóricamente, el camino de acceso y negociación de los países árabes hacia Europa debe pasar por España, que obtendría considerables beneficios de ello. Pero primero España debería definir su verdadera vocación europea y su posición dentro del continente. Es posible que sea ya demasiado tarde, y que el camino de Francia y aun el de Italia sea más fácil y más rápido para esos países que tienen urgencia en su aproximación. El rápido viaje de López Bravo habría que interpretarlo, sobre todo, en ese sentido.

¡QUE PAÍS!

Cuando escucho o leo la frase, la saludo al pasar como una vieja amiga. Se suele ahora acompañar de un «desgraciadamente» y de un vago gesto de «¡qué más quisiera yo!». Pero se dictamina: «España no está madura para la democracia...». Encontré la frase, por primera vez, en un escrito de 1834. Larra se la atribuía a un «ministerial»: «La España no está madura. No es oportuno». Y todo ¿por qué?, se preguntaba Larra. Y contestaba: «Porque le suena siempre en los oídos el cañoneo del 23». ¡Los cañones de 1823! Eran los de la Santa Alianza, los del duque de Angulema y los Cien Mil Hijos de San Luis; se acabó el liberalismo, se restauró el absolutismo, vino la gran represión —con Riego en el cadalso—, y el eco de los cañones sonaba en 1834 en los oídos del «ministerial». ¿Qué era un ministerial? El favorito de un ministro; «Se sonrió un ministro, y quedó hecho un ministerial». «Dele usted un toque de esperanzas derecho al corazón, un ligero barniz de nombramiento y un color pronunciado de empleo, y le ve usted irse doblegando en la mano como una hoja de sensitiva, encorvar la espalda, hacer atrás un pie, inclinar la frente, reír a todo lo que usted diga, y ya tiene usted hecho un ministerial». (Larra aclaraba que para conseguir esto, «usted» debería ser ministro.) ¡Qué personajes más extraños había en el siglo XIX!

La frasecilla debía correr mucho, ya entonces, porque unos meses más tarde la recogía en otro artículo, en forma de carta a un liberal portugués: «Por la discusión del Estamento te enterarías de cómo la España no está bastante civilizada; en una palabra: bastante madura para instituciones más anchas». Se esperaba, sin duda, llegar a la renta de los mil dólares per cápita.

La madurez que ya nos faltaba hace ciento treinta y ocho años va tardando en venir. Se nos dice que andamos por la primavera. ¿Cuándo maduran las frutas? Según qué frutas, y en según qué climas... La madurez que Larra no veía llegar era la del liberalismo. Si no se hubiese suicidado —tres años después de escribir esas frases— tendría ahora ciento sesenta y tres años. No estaría maduro. Sería excesivamente liberal. Pasa mucho: siempre se es demasiado liberal para alguien. Oí contar a don Gabriel Arias Salgado, cuando era ministro de Información y Turismo, que una anciana tía suya le reprendía de cuando en cuando: «Gabriel, Gabriel, ten cuidado, no te vayas a condenar. Que eres un liberalote...». Como siempre se es de derechas para alguien, de izquierdas para alguien.

Ejemplo, la «cena política» del señor Gavilanes, presidente —en disidencia con la junta directiva— del Centro de Problemas Contemporáneos, cuando quiso fundar el «centro derecha». ¡Qué guirigay se armó entre los comensales! Nadie estaba muy seguro de ser del centro, aunque la vocación centrípeta se hace cada día más grande; pero casi nadie quería ser clasificado como de derechas. Cuentan los testigos que el señor Tarragona tuvo un grito de violinista en el tejado venido a más: «¡Yo lo que soy es rico!». Sin embargo, el liberalismo emergió. Lo defendió el conde de

Montarco, que defendía la democracia liberal; lo defendió el señor Ballarín, afirmando que el centro derecha es una defensa de la libre empresa que se sitúa a la izquierda del centro derecha. Y el señor Escudero Rueda habló de un carlismo republicano, y alguien dijo (siempre se es el liberal de alguien) que el señor Gil Robles es un hombre de izquierda.

Y cuentan que, en un rincón, la voz del señor Esperabé de Artega gemía de cuando en cuando: «¡Qué país! ¡Qué país!». Y es que el señor Esperabé, sin duda, no está maduro para la democracia. Pero ya hay otra frasecilla a la que saludar con el cansancio de los viejos tópicos. Volvamos a Larra. «Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda —escribía— creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: ¡Cosas de este país!, que con vanidad pronunciamos y sin pudor algunos repetimos». Y más adelante: «Creo entrever la causa verdadera de esta mulliente expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca a una transición, y en que, saliendo de las tinieblas, comienza a brillar en sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal, de donde pretende salir para probar cualquier otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que a una joven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazón, sin embargo, o la naturaleza por mejor decir, la empieza a revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía. La vaga inquietud de su alma, que busca y ansia, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía, y vésele despreocupar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia. Este es acaso nuestro estado y éste, a nuestro entender, el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa; el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar a poseerle, sin bien imaginar aún el cómo...». «Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresión que contribuye a aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos más favor o justicia a nuestro país, y creámonosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patriota, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento: ¡Cosas de España!, contribuya cada cual a las mejoras posibles». Esto lo escribía Larra en 1833. ¡Qué país! ■ POZUELO.

Los artículos de Larra citados aquí son: «El ministerial», Revista Española, 16 de septiembre de 1834; «Se gunda carta de un liberal de acá a un liberal de allá», El Observador, 7 de octubre de 1834, y «En este país», Revista Española, 30 de abril de 1833. Las referencias a la «cena política» del señor Gavilanes están tomadas de Lorenzo Contreras, en «Informaciones» del 20 de junio, y de Eduardo G. Rico, en «Pueblo» del 21 de junio.